

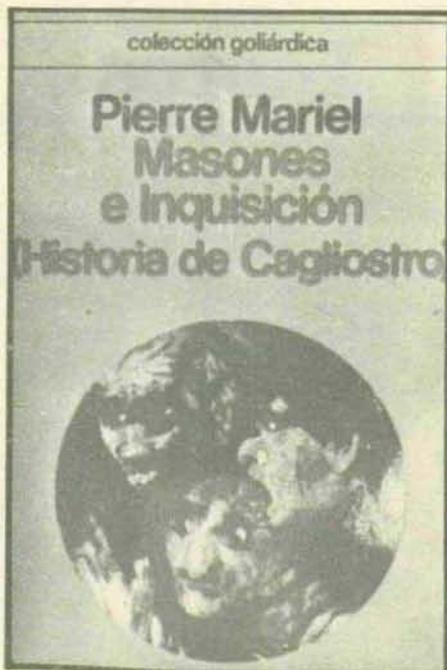
cia parece empezar a desgajarse de la ganga de supersticiones y de torpe empirismo que la envolvía.

Al mismo tiempo, es precisamente entonces cuando brillan con más inquietantes fulgores los fuegos fatuos de la magia. Los espíritus de la noche parecen reacios a volver a ella; e incluso —en una relación impecablemente dialéctica— algunos de ellos se alían con las fuerzas de la Luz, en ceremonia de confusión y ayuntamiento contra natura, llevados por su duro deseo de permanecer. Por doquier aparecen místicos, magos y sabios de oscuro origen; en toda Europa proliferan sectas místicas, masónicas o rosacruces, que toman como patria el antiguo y entonces misterioso Egipto; todavía el imperialismo colonial inglés no había presentado a los maravillados ojos occidentales a la India como madre de todos los misterios y secretos, de todo el saber oculto.

Los franceses, grandes amantes de lo oculto, han especulado continuamente con la supuesta «historia secreta» de aquel sitio. Hablan y no paran de la influencia que pudo haber tenido la masonería, junto con otras sociedades secretas, en la forja de la Revolución y en la constitución de los Estados Generales en 1789. A veces, los autores franceses delirán sobre el tema; otras, se limitan a dar datos concretos sin elucubraciones místicas. Y éste es el caso del libro de Pierre Mariel «Masones e Inquisición», subtítulo «Historia de Cagliostro» (1). Se trata de un libro ameno y divulgativo, que nos introduce en los entresijos no muy ocultos ni mágicos, pero sí divertidos, de ese siglo donde —como en el nuestro— la razón y los monstruos de su ensueño caminaban juntos por el camino de la Historia.

José Balsamo, llamado Conde de Cagliostro, es un personaje enormemente sugestivo desde un punto de vista literario: estafador, bribón y payaso, según algunos; mago poderoso, médico ilustre, sabio iniciado en todos los misterios ocultos, según otros. Carecía, esto está claro, de la inventiva y la gracia de un Giacomo Casanova, quien, además de hacer sus pinitos en la estafa de la magia y en la más divertida del juego de la lotería y del amor, supo darnos en sus «Memorias» un valiosísimo testimonio de su tiempo; pero las

(1) Cupsa. Colección Goliárdica.



leyendas y realidades tejidas en torno a su figura resultan igualmente interesantes, e instructivas para quien quiera conocer el momento histórico en el que vivió. Balsamo recorrió Europa y se dice, incluso, que fue iniciado, en Malta, en los misterios de la Orden del Templo; se vio mezclado, en la corte francesa, en el famoso e intrincado asunto del Collar, que valió a María Antonieta parte de su mala reputación; fundó la Masonería Egipcia y, finalmente, fue apresado por la Inquisición en Roma, donde murió a manos del pueblo. Sobre su figura, el libro de Mariel da todos los datos posibles: cuenta lo poco que de cierto se sabe sobre su vida, que él mismo quiso misteriosa, y cita también todas las leyendas que corren sobre él.

Pero Mariel no se limita a eso, no le basta con retratar un personaje, sino que describe también su ambiente y las personas que le rodeaban, tan pintorescas como él mismo. Entre ellos conviene destacar a Antón Mesmer, a quien Stefan Zweig dedicó ya una impecable biografía, saludándolo como uno de los maestros iniciadores de la «curación por el espíritu»; su forma de terapia, basada en el magnetismo animal —especie de influencia eléctrica que, según dicen, se encuentra en el éter— prefiguraba en cierto sentido las técnicas de la terapia de grupo, y también de la actual acupuntura. También aparece el masón Willemoz, hombre influyente de su tiempo; el cardenal de Rohan, representativo de la época, a la vez que ateo profundamente cré-

dulo para todo aquello que fuese misterioso, y que jugó el triste papel de intermediario en la estafa del Collar... El catálogo de tontos y listos que aquí aparecen es inagotable en riqueza, y nos demuestra que si hay una historia secreta: la que hacen los tontos, y de la que se aprovechan los listos. ■ EDUARDO HARO IBARS.

G. BRENNAN: «MEMORIA PERSONAL 1920-1975»

A primeros de 1920, un 13 de enero para ser más precisos, llega a Yegen, corazón de La Alpujarra, un joven en busca de paz. Acaba de pasar cuatro años en los frentes de la Primera Guerra Mundial, y quiere llevar una existencia dedicada al estudio. Su ideal de vida es ser explorador, viajero, recorrer los países todos de la tierra, y sobre todo le seduce la idea de visitar los desiertos. Los grandes páramos ejercen sobre el joven Gerald Brennan una especie de embrujo.

También quería, sobre todas las cosas, ser poeta, pero al darse cuenta que no tiene dotes para ello, se entrega al estudio de la historia, en particular la contemporánea de nuestro país, y se aplica en la redacción. Si no escribe versos, por lo menos que la prosa sea tersa y elegante.

Acompañan a Brennan, en esas tierras al sur de Granada, unas cajas que contienen todo su haber: dos mil libros cuidadosamente seleccionados que logró adquirir gracias a la paga de soldado, que con tesón británico ha ido ahorrando durante los años pasados en el frente. Aprende el español, frecuenta a la gente humilde del pueblo, viste de pana y calza alpargatas de cáñamo. Entre largas excursiones por los montes de La Alpujarra y horas de lectura, plácidos transcurren los días.

Así nos lo cuenta, con prosa serena, en «**Memoria personal**» (1). Obra que como indica su título, salvo algunos capítulos dedicados a los sucesos de nuestra pasada contienda, pone al desnudo ciertos aspectos de

(1) Gerald Brennan: «Memoria personal 1920-1975». Ed. Alianza Tres, Madrid, 1977.

su vida personal, y algunas de las vicisitudes de sus relaciones emocionales con las mujeres.

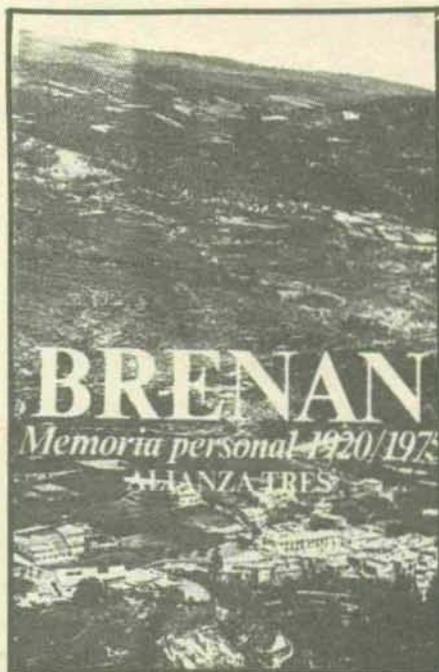
Llaman particularmente la atención en esta obra, tal vez porque estamos acostumbrados a textos suyos de carácter más científico, particularmente su admirable «**Laberinto español**», las largas y densas páginas que Brenan consagra al análisis pormenorizado de sus complejas relaciones amorosas. Su trato afectivo con Carrington, así quería ella que la llamasen, con sus respectivos complejos de culpa, disputas, reconciliaciones, está maravillosamente contado. Alienta en el relato un constante soplo de sinceridad, desgarradora en ocasiones, que difícilmente se logran en este tipo de confesiones sin caer en la afectación.

Para un lector de 1978, mínimamente familiarizado con el pensamiento freudiano, resulta evidente que Carrington era por lo menos una mujer frígida, o en todo caso con un fuerte componente homosexual, como quedó ulteriormente probado. Carrington estaba casada con una especie de don Juan que se pasaba la vida de conquista en conquista, y ella, por su parte, estaba enamorada de un homosexual, hombre culto y refinado. Carrington accedía de tarde en tarde a tener relaciones amorosas con el joven Brenan, y él, por su parte, comprendía perfectamente el tipo de vida que ella llevaba y que tuviera, además, relaciones con otra mujer. Lo más conmovedor de este relato, y lo es precisamente por la sencillez con que está contado, sin ánimo de justificación alguna, es el trato que Brenan tiene con el marido de Carrington, íntimo amigo suyo. Las culpas eran reales y difíciles de soportar. Las relaciones con esta mujer se prolongaron durante años y afectaron profundamente la vida emocional e intelectual del autor del «**Laberinto español**». Ella tuvo un fin dramático. Puso fin a sus días disparándose una escopeta en el pecho.

En esta obra, más que un relato de su época, como sabía esperar de un historiador, Brenan esboza el clima intelectual en el que se movía, el Londres algo decadente de la década del 30 al 40, y sus estancias en España, África del Norte, así como sus problemas de orden financiero. Su padre que tenía una posición holgada era hartamente avaro en la ayuda monetaria, y en más de una ocasión

utilizó el chantaje, sin éxito claro está, para que su hijo buscara una «colocación digna».

Brenan mantuvo una relación seguida y cordial con Bertran Russell, hombre lleno de vitalidad, y conservador ameno y brillante, del que ofrece un fresco que rebosa simpatía, aunque no está exento de reservas. El filósofo de la paz, pasó varias semanas en la casa de los Brenan en Churriana. Era en 1936, y sobre Europa se cernían los nubarrones de la



guerra. Russell que era un pacifista convencido, no se hacía ilusiones sobre las intenciones de Hitler y Mussolini. Y sin embargo, creía que Inglaterra debería mantenerse a toda costa al margen del conflicto que se anunciaba. Ulteriormente el gran filósofo cambió de postura y manifestó, como oportunamente recuerda Brenan, gran admiración por Winston Churchill.

Las páginas que Brenan dedica a los primeros días de nuestra guerra civil en Málaga, en los que fue testigo ocular y de alguna manera participante, son, a nuestro entender, las más importantes de su extensa **Memoria**. En ellas revela como la reacción popular en los primeros días de la contienda no fue en modo alguno violenta ni sanguinaria. No se mató a nadie a sangre fría. Las historias sobre fusilamientos en masa y asesinatos nocturnos que publicó la prensa extranjera, fueron creadas por el terror de los extranjeros que salieron de Málaga en los primeros días, pero que no correspondían a la realidad. Sólo cuando comenzaron

los bombardeos sobre la ciudad se empezó a matar gente en represión a las bombas que caían inmisericordemente sobre la población indefensa.

De vuelta a Londres a primeros de 1937, Brenan seguiría siendo un defensor de la causa republicana. Escribiría artículos en la prensa y sobre todo enviaría muchas cartas a los periódicos para desmentir las noticias que católicos y simpatizantes de Franco publicaban en los diarios londinenses. Llegó incluso a militar a favor de un candidato conservador porque era el único que condenaba el levantamiento militar.

La guerra civil española fue intensamente vivida en la opinión británica, y los medios intelectuales estaban casi todos ellos comprometidos en la causa de la república. Brenan ha logrado esbozar con mano maestra ese clima conflictivo que despertó nuestro drama nacional en la no siempre «pérdida Albión». No se olvide que fueron muchos los poetas, escritores o simples antifascistas, que dejaron sus vidas en nuestra desgarrada piel de toro. ■ **LUIS PASAMAR.**

LA EDAD DE PLATA (1902-1931)

La edad de plata, de José - Carlos Mainer, representa una importante contribución a la evaluación de una etapa vital de la cultura española. En este ensayo, que tuvo su origen en cursos profesados en la universidad y en unas conferencias dictadas en 1974 en los Ateneos de Santander y Málaga, el profesor Mainer desarrolla la tesis de que «la literatura en España es casi siempre una apuesta a favor de la historia política y que corre, por lo tanto, los mismos riesgos que ésta» (pág. 279). Mainer es autor de otros estudios que, como el que ahora nos ocupa, demuestran el interés del autor por los factores ideológicos y políticos que han determinado el desarrollo de la literatura española de nuestro siglo. Basándose en algunos textos claves en su mayor parte desconocidos, Mainer ahora se propone explorar la crisis ideológica de fin de siglo, la expresión de las regiones, las plataformas del reformismo burgués y las vanguardias artísticas de 1923-1931.

La genial cubierta del libro, una re-